

Cartas de una dama porteña a Juan Bautista Alberdi. Entre la severidad y el desenfado: tensiones entre valoraciones y prácticas.

Magdalena Arnoux Narvaja – UNSAM-Conicet

magdarnoux@gmail.com

Introducción

Desde mayo de 1862 hasta febrero de 1878, Juan Bautista Alberdi se carteó con Ignacia Gómez de Cáneva, una viuda que había conocido en Londres, en casa de Manuelita Rosas. De esta amistad, desarrollada principalmente a la distancia ya que ella no regresó a Europa y él recién volvió a la Argentina en 1879, queda el testimonio de las 108 cartas inéditas que Ignacia Cáneva le envió a Alberdi y que este conservó entre sus papeles personales. Estos documentos se encuentran en el Archivo y Biblioteca de la Fundación “Jorge M. Furt” (administrados por la Universidad Nacional de San Martín), en la Estancia “Los Talas” de Luján, provincia de Buenos Aires; y conforman, junto con las cartas de otras 64 mujeres, el objeto de una investigación que estoy realizando.

Elaboradas a lo largo de 16 años, las cartas de Ignacia Cáneva conforman los únicos fragmentos tangibles de un extenso diálogo en construcción cuyos temas, tonos, motivaciones, lugares de enunciación ... van estabilizándose paulatinamente, en algunos casos, a lo largo del tiempo, o variando sutilmente al compás del ir y venir de los vapores, de los avatares del vínculo que los une y, muchas veces, de los acontecimientos históricos que rodean el intercambio y a los cuales las cartas se refieren con insistencia. Si tuviéramos que periodizar esta correspondencia, podríamos decir que hay un primer momento más convencional –que abarca los años 1862 a 1865- donde aun sin excluir la política se abordan temas más mundanos: visitas, amigos, rumores varios; un segundo momento que se corresponde con los años de la guerra del Paraguay -1865 a 1870- y que es sin dudas el más intenso por la cantidad de cartas escritas, por el compromiso político y afectivo que demuestran y por el rol que asume Cáneva en ellas, que es, prácticamente, el de corresponsal de Alberdi en Buenos Aires; un tercer momento, en el que Cáneva prosigue, aunque más espaciadamente y con menos detalle, la crónica de la vida política local a la vez que busca persuadirlo –como tantos otros- de que vuelva a la Argentina; y, finalmente, poco antes de que este regreso se concrete, un período donde lo afectivo –la familia, los amigos comunes, la vida cotidiana- ocupan el primer plano y

donde las referencias a los sucesos del país se concentran en hechos policiales resonantes -el asesinato de Felicitas Guerrero, por ejemplo- o en notas necrológicas - como la muerte de Mariquita Sánchez de Thomson.

En esta intervención, me voy a focalizar en un aspecto puntual de estas cartas que está ligado a las representaciones de la mujer que de ellas se desprenden y el modo en que Cánova se relaciona con estas construcciones. Veremos principalmente que, en reiteradas oportunidades, repone los modelos y antimodelos femeninos que la época maneja, enfatizando –con marcas axiológicas diversas- su total adhesión al mandato patriarcal. Sin embargo, por las referencias a sus propias prácticas, por los modos en que se presenta a sí misma, por el tono categórico y desenfadado que imprime a su escritura, entra prácticamente en contradicción con los sistemas de valores dentro de los cuales instala su discurso. Los textos dejan entrever, de este modo, tensiones llamativas entre, por un lado, las normas dominantes a las que la autora explícitamente se subordina y, por otro, las prácticas reales que se describen extensamente a lo largo del intercambio.

En un primer momento voy a exponer algunas de estas tensiones que aparecen en los textos señalando qué tipo de oposiciones involucran con el objetivo que explicar las circunstancias discursivas, históricas y políticas que hacen posible esta situación.

Una madre republicana más

Cuando recorremos los textos historiográficos que abordan el lugar que las nuevas naciones en construcción le asignan a la mujer, la postura es unánime: su función es, ante todo, la de ejercer una “maternidad republicana”. Según Dora Barrancos (2006: 547), “se les pide que mantengan la cohesión y el honor de la familia y que encaminen a sus maridos y a sus hijos por la senda de la modernidad liberal y nacionalista. Su responsabilidad cívica y patriótica es formar ciudadanos honrados y trabajadores sanos, disciplinados y productivos”. Esta idea ya estaba presente en algunos textos alusivos de la generación del 37 -*La Moda* y *El Iniciador*- donde Alberdi, López, Cané y otros, exaltan la figura de la mujer, “capaz de modificar desde el interior doméstico, los malos hábitos de un pueblo sometido a la tiranía” (Batticuore, 1999). Este culto a la madre virtuosa y a la esposa fiel está claramente ligado a una concepción que, según Barrancos, se acentuó con las revoluciones liberales y que entiende a la familia como el

pilar fundamental sobre el que reposa el sistema social y político, “la puerta de entrada al ágora del orden republicano, la antecámara de la sociedad” (Barrancos, 2007).

Ignacia Cánova suscribe plenamente a esta ideología que exalta la función político-social de la familia burguesa y, en ella, el rol de la mujer como elemento de cohesión y de progreso. Esto resulta particularmente claro cuando, al comentar algún escándalo de la época, delimita categóricamente el bien del mal, el modelo de mujer de su horrorosa contracara en función, precisamente, del respeto o no a este mandato. Como ejemplo a seguir, nombra a su amiga Manuelita Rosas, “esa muger sublime” –buena hija, buena madre, buena esposa-, afectuosa y sincera “con las personas a quienes da el nombre de amigo”, dice. Pero es mucho más vehemente cuando juzga a quienes no cumplen con abnegación el mandato patriarcal. Quien personifica bien a sus ojos lo que no se debe hacer es Eduarda Mansilla, a la cual repudia a lo largo de varias cartas:

“todo en ella es banidad con la capa de modestia, yo no le dije algo a v de ella cuando estaba yo en Paris por que lo beia a v tan afecto a ella no le queria quitar sus ilusiones. mi estimado Dor en esa muger no hay corazon sino palabras guecas, no conose la realidad sino de nombre, ha sacado la maldad de su padre y la ipocrecia de su madre, no be v ese marido victima de su romantisismo, se precia de tanto talento y no ha podido haser felis hese pobre hombre que le ha dado su nombre, su honrado nombre que aun en bisitas se le conose lo fastidiado que bive” (26-05-65).

Como se ve, la extensa enumeración despreciativa, que completará en otras cartas con epítetos semejantes, se clausura con la condena mayor, que consiste en ser una mala esposa por tener vida propia y no hacer feliz a su “pobre” marido. Otra crítica semejante será dirigida a la madre de Eduarda, Agustina Rosas, cuando se separa de su esposo:

“es tan feo este paso de Mansilla y Agustina, teniendo hijos á quien dar eemplo haber dado este paso tan falso que considero á su hija y á su hijo politico llenos de de berguenza, he leido una carta de Eduarda á su mama, capaz de hablar las piedras. en ella le pide se gunte con su Padre pues mientras bivan asi su marido no la trerá á esta ya le ha ido la triste contestacion que gamas se juntara con su Padre, Dios nos libre de las personas tercas, yo se lo he dicho, y se lo digo que como ha podido negarse á el pedido de su hija que imboca el honor de sus nietos, pero Agustina dise que ya es imposible, asies que hesa familia tiene que bivar en hesa hasta que falte uno

de los dos que estan aquí, que triste debe de ser esto, *bale mas morirse que pasar por estas peripecias*” (26-06-66; la cursiva es nuestra)

Aquí aparece nuevamente condenado el gesto de ruptura con la institución familiar que no es visto como un comportamiento privado sino como un acto con implicancias mayores: ellos debieron, como toda familia, dar el “ejemplo” a sus hijos y a sus nietos para que el orden social se perpetúe. En el caso de Agustina, que es mujer, aparece mencionado como agravante su “insensibilidad” ante la carta de su hija “capaz de hablar las piedras”. Esto remite al mismo sistema de valores que describimos anteriormente que supone, en palabras de Y. Knibiehler (1993: 339), que “el corazón ocupa el centro de la identidad femenina decimonónica”. Sobre este punto, dice, “la sociedad profana y la religiosa están de acuerdo: la sensibilidad, las emociones, los impulsos, tan ricos entre las mujeres, son la fuente de cualidades indispensables para el buen funcionamiento de la sociedad”.

Hay otros personajes de su época cuyo comportamiento, siempre por los mismos motivos, la crispan: una viuda que se muestra en “ese mundo elegante rodeada de esos Caballeros, que no proporcionan a una pobre viuda sino disgustos y murmuraciones” o el caso de Carlota Varela cuyo marido, Héctor, la dejó en París para juntarse con la hermana de ella con quien “tiene dos niños y le ha puesto casa, criados y gran tren” y “le há dado al asunto una publicidad tan fea que anda con los niños en los paseos y con la cuñada haciendo sus habilidades”. Como anunciamos antes, lo interesante del corpus radica en el hecho de que, a pesar de estas adhesiones explícitas a la variante decimonónica del modelo patriarcal, tanto en sus propias prácticas como en el autorretrato que va armando con el correr de las cartas y en su propia actividad de escritura se aparta, como sin darse cuenta, de aquellos mandatos que exalta.

Otros modelos

En primer lugar, su propia familia remita claramente a una estructura matriarcal, compuesta y manejada por mujeres: por un lado está su madre anciana que hace oír su voluntad y “se pone furiosa” si alguna de sus hijas quiere irse de viaje; por otro su hermana mayor, Pepa Gómez, estanciera soltera con una hija probablemente adoptiva, que ofició de embajadora de Rosas en Buenos Aires durante su largo exilio intercediendo por él ante Urquiza y organizando, con el celo de un contador,

suscripciones que le permitiesen disponer de dinero en Inglaterra. Finalmente ella misma, viuda, con una serie de personas a su cargo: sus hijas Urbana y Petronita, una hermana de Urbana “sin recursos” y dos “muchachas mas” que han nacido en su casa y a las “que las quiero como á mis hijas”; a ellos se suman, en parte, los hijos de un hermano que murió. “Para moverme tengo que dejarles una pension algo fuerte, todas estas cosas me son grillas que no puedo romper dos beses”, le dice a Alberdi para justificar por qué no vuelve a Europa. En cuanto a la relación que mantiene con ellos, dista bastante del modelo vertical: ella misma actúa con libertad frente a su madre y a su hermana, mujer enérgica, y parece promover en sus hijas esa misma autonomía. Cuando decide irse a casa de una amiga, huyendo de la epidemia de cólera que azota Buenos Aires, tiene un diálogo con una de ellas que da cuenta de esta situación. Le cuenta a Alberdi: “Urbana hera otra que por nada queria venir pero yo le dije que date pero si te da el cólera no pienses mandarme llamar pues yo no bendré mientras el Dor Bosch mi medico me diga ha desaparecido, á beses el ser uno un poco codescendiente es un mal y Urbana es muy amiga de llebar la contra” (31-01-68).

Por otra parte, maneja ella misma sus bienes, y con mano férrea. Rehuye los viajes, dice, porque “me detienen mis ladrillos”: “los apoderados nose portan bien en la ausencia de los dueños, se habian creido que me habia muerto y cada inquilino se creia el dueño, pero he echo un cambio de todos y espero no seré molestada en adelante pues hasen tres años que estoy en esta y v creera que he tenido cuatro pleitos, tres he ganado y el cuarto lo ganaré y todos por deudas. v bé que todo esto es molesto para una persona sola, pero está nuestro pais que nadie quiere pagar, puedo desirle á v que jamas he bisto una epoca mas dificil no puede uno contar con seguridad ni con sus alquileres (12-11-65)”. Cuando Roxana Boixadós (1999) estudia la viudez femenina en el siglo XIX, señala que hay dos perfiles contrapuestos entre las mujeres ricas: las que heredan pero que, por ser analfabetas o estar poco familiarizadas en la administración de los bienes, terminan dependiendo tarde o temprano de nuevas figuras masculinas; y las que aparecen llevando adelante los asuntos que antes estaban en manos de su esposo. Ignacia Cánova está claramente en este segundo grupo si es que antes no se ocupaba ya de esos negocios. Por otra parte, el tono categórico que emplea, la construcción de sí como sujeto que arremete sin vacilar contra sus enemigos... muestran hasta qué punto asume ese rol con confianza.

En un plano más personal, se maneja con la misma soltura y libertad. Si sale poco –a devolver visitas, a la ópera o a misa- no es por algún impedimento o porque la ciudad sea un espacio “masculino”, como se ha dicho, sino porque, dice, no quiere “bagar por el correo” y “donde esta uno mejor que en su casa”, una casa que ella describe como “no gran cosa, pero sí muy cómoda, tiene veinte y dos piezas entre grandes y chicas; en un patio de veinte varas de largo por siete de ancho me he arreglado mi jardín, luego tengo otro abajo, en el fondo de la casa de treinta y ocho de largo por veinte de ancho, donde tengo duraznos, parras, igeras, guindos, granadas y tres naranjos espléndidos que están haora blancos de asares”. Del mismo modo, cuando se hace construir, ya grande, una casa en Almirante Brown para pasar algunas temporadas, procede con la misma libertad que antes, sin solicitar ayudas o permisos: “yo estava tan desiosa de benirme á la Quinta que al otro dia de la entrega de Mitre ise una sublevación en casa, me le bante á las 5 de la mañana con cuatro Changadores que ise benir, no deje en casa una alfombra puesta ni una cortina, dos dias duro esta operación y el terser dia nos vinimos, tenemos un tiempo precioso (15-12-74)”. Con Alberdi, aunque se muestra extremadamente respetuosa, mantiene en clave humorística, el tono imperativo que la caracteriza. Le exige retratos y hasta le dice en qué lugar de París se los tiene que hacer: “gracias por su retrato aunque no esta paresido es mejor el original, hagase retratar con Mr Bomdonau en el Palé Royal no 173 Galeria Valois, es muy felis, con migo lo fue v sabe que ni Disderi me pudo sacar y el me saco muy paresida” (13-06-66) y le advierte, en otra oportunidad, “creo que pronto abitaremos un mismo pais pues las cosas ban con biento favorable y á un que la Chilenas pueden mucho con v, pero yo les haseguro que no les abandonaré el terreno sin haber disputado (26-01-679)”.

Estos enunciados proyectan una imagen femenina que está bastante alejada del estereotipo de la mujer abnegada, que evoluciona bajo la sombra protectora del marido, volcada ante todo al cuidado de los hijos y la casa. Pero las distancias son todavía más pronunciadas cuando observamos las incursiones de Cáneva en la esfera política, un campo de acción que el modelo de estado decimonónico buscó, progresivamente, restringir al dominio de los varones.

Resabios de un tiempo que fue

La imagen de la maternidad republicana que describimos más arriba constituye, por cierto, un mecanismo sofisticado de exclusión de las mujeres en las diversas instancias

estatales relativas a la sociabilidad política y a la configuración de la arena pública. Según Barrancos (2006), a la vez que se rendía culto a la esposa y a la madre virtuosas y se instalaba la imagen del hogar, reino de la mujer, como antesala de la vida cívica, se dispensaba en la esfera pública la participación femenina. En este sentido, las cartas de Cáneva resultan reveladoras porque muestran que este proceso de exclusión fue paulatino y que, durante un tiempo, permanecieron modalidades de participación de la mujer en la vida política ligadas a otros tiempos y a otros imaginarios, que no eran las del estado nación que se estaba gestando. Luego de mostrar las formas que adquiere esta participación, trataremos de explicar brevemente las coordenadas históricas, jurídicas, simbólicas que hacen que una mujer como Cáneva actúe de ese modo con total naturalidad, sin estar por ello al servicio de un proyecto emancipador de la mujer y sin sentir, en forma alguna, que está actuando a contrapelo de los vientos que corrían.

En una de sus primeras cartas a Alberdi, fechada en 1965, Cáneva describe con cierta frescura sus ocupaciones diarias y su actividad social: “hago una vida de monga pues salgo muy poco pero es verdad que en cambio tengo muchas bisitas y me ocupo tanto de la politica que solo deseo ocuparme de ella”. Y de ello son prueba sus cartas, que casi en su totalidad, se expresan acerca de los hechos que atribulan a la sociedad y ponen en escena una mujer volcada a la obtención de la información acerca de lo que está pasando. Por sus cartas desfilan senadores, diplomáticos, militares extranjeros que la visitan o que ella encuentra en casa de su hermana o de algún amigo “muy de la situación”. En algunas oportunidades, la información le llega luego de no pocas peripecias que ella le reproduce a Alberdi *in extenso*, no solo por el interés narrativo que presentan sino porque le permiten explicitar el abanico de sus contactos y su inteligencia para usarlos bien: “Una amiga mía me acaba de contar que su prima, la esposa del secretario privado de Don Bartolo Mitre, le acaba de leer una carta de su esposo, Don José Manuel Lafuente, en la que dice estoy muy triste creo que no te beré en mucho tiempo ni a mis hijos, la guerra durará un año más (13-06-66)”. Esta fijación con la política, se percibe en su discurso, en la medida que la isotopía dominante tiene que ver con ese ámbito y, si alguna vez se aparta de ella por hablar de su casa, su familia o su salud, tarde o temprano la retoma:

“yo tengo un pequeño jardin arriba que me ase gosar mucho, pues esta lleno de flores, luego tengo otro abajo en el fondo de la casa de treinta y ocho de largo por

veinte de ancho, donde tengo muchos durasnos, parras, igeras, guindos y granadas, y tres naranjos espléndidos, y este invierno he tenido naranjas de arrancar en tipas, esta es mi diversion *si no fueran las plantas biviriamos muy tristes pues esto ba cada dia a peor hasen ocho dias que nadie viene del Teatro de la Guerra* (26-09-66; el subrayado es nuestro)”

Por otra parte está suscripa a la mayoría de los diarios de Buenos Aires, los cuales lee, recorta, comenta y hace circular. *La América, La Tribuna, El Nacional, El Mosquito, La Nación Argentina, El Pueblo, La Patria, La Palabra de Mayo*, entre otros, aparecen mencionados permanentemente y los incluye en los envíos que le hace a Alberdi. Hay que destacar que los lee críticamente, poniendo en duda lo que dicen, confrontándolos entre sí o con lo que le hacen saber sus numerosas visitas. Por otra parte, no vacila en expresar su parecer sobre lo que lee y, a la vez que expone extensamente a Alberdi el contexto de hechos y de decires al cual remiten los periódicos, se permite orientar la lectura y la interpretación que su amigo habrá de hacer: “*le recomiendo que el primer periodico que lea v de los que ban sea la palabra de Mayo del 6 pues hay una carta que dá muchos detalles sobre el ataque del 4* (12-07-66)” ; “le embio los diarios y en particular el Mosquito con Mitre en la cruz *para que se ría*, los que están incados son los ministros y el que le pone la esponja es Varela (12-12-63)”. Es interesante señalar, en este punto, que Cánova se aparta de lo que tradicionalmente se ha obsevado acerca de la prácticas de lectura de las mujeres del XIX, a saber, que “sus recorridos y sus límites están trazados, guiados por la tutela masculina y no deben pasar las fronteras de la lectura” (Batticuore, 1998). También se aparta en cuanto a los textos que elige, que no son novelas ni folletines, ni los textos periodiscos que ya por entonces empezaban a circular, escritos a veces por, pero sobre todo para, mujeres.

Del mismo modo, las visitas que recibe, como las cartas que escribe, están atravesadas por la política, sobre todo cuando su interlocutor es un hombre aunque no solamente. Se “picotea por política” con los maridos de sus amigas, y cuando las visita, también ese es un tema de conversación: “me da risa ber á las amigas de la situacion furiosas contra Mitre, asi les digo yo recien se dan cuenta es un nulo siempre fue una pobre nulidad (12-10-66)”. En este sentido, su comportamiento no se condice con la descripción que hace Dena Goodman (1990) de “las salonnières” del XVIII, que oficiaron de modelo para las latinoamericanas que tenían su salón o su tertulia. Goodman dice que estas

desempeñaban una “virtud negativa”: ellas “actuaban más bien por omisión que por acción. Su virtud consistía en saber cuándo y a quién ceder la palabra”. Cánova, por el contrario, provoca, opina, cuestiona, como ella misma lo señala, “a cara descubierta”, lo cual le hace temer alguna represalia contra sus persona durante la guerra del Paraguay: “yo me consuelo con desirles á las de casa si ubieran ganado estos picaros quisas nos dan una senserrada por que como nosotras hablamos á cara descubierta contra la Alianza y este infame Gobierno no ubiera sido estraño”. Señalemos, por último, que esta ausencia de temor se refleja también en los hechos pues no duda, por ejemplo, en mandar hacer imprimir un folleto anónimo que Alberdi redacta en contra de la guerra así como tampoco en hacer circular algunos otros que este le envía y que, detractores como simpatizantes, van a buscar allí.

Conspiración o caridad

Es llamativo, como señalamos más arriba, que estos gestos, estas palabras, esta actitud particularmente libre en una sociedad que establecía pautas de conducta severas en el caso de las mujeres, emanen de una señora que no reivindicaba los derechos de la mujer, que asume mayormente el sistema de valores de la sociedad en la que vive, que no es vista por su pares como una mujer excepcional –en todo caso, no quedan testimonios que vayan en ese sentido. ¿Cómo explicar la existencia de estas tensiones que, sin embargo, la implicada y sus contemporáneos no parecían sentir como tales?

En primer lugar porque Cánova ocupa un lugar excepcionalmente favorable con respecto a la mayoría de sus congéneres pertenecientes a su misma clase social. Recordemos que la situación de la mujer casada, consolidada por la legislación de Vélez Sarfield (1869), la coloca bajo la tutela del marido, en una posición aún más grave que si se tratara de la condición infantil. “La mujer casada no tenía derecho a educarse ni a realizar actividades comerciales sin su consentimiento; el marido se constituía en administrador de todos los bienes, incluidos los que la esposa aportaba al vínculo” (Guy, 1993). En este sentido, la situación de las solteras y de las viudas suponía más autonomía, siempre y cuando se dieran otras condiciones –el dinero y saber cómo manejarlo- que, en el caso de Cánova se daban. Ella supo aprovechar esos privilegios que la liberaban de una serie de ataduras que, por eso mismo tal vez –por no tener que padecerlas- nunca cuestionó. Resulta interesante recordar que el mismo Rosas, en una carta a su hermana Pepa, le recomienda:

“No se case, mi buena amiga. Siga en la libertad posible que goza. Mañana parto para mi establecimiento de campo a los trabajos de la esquila. Eso dice v. siga v ese ejercicio y si es a caballo con mucha más fe, segura siempre de que esa clase de vida es la mejor para su salud (8-12-65)”

Por otra parte, se trataba entonces de un momento histórico particularmente inestable en lo político donde, según Francine Masiello (1992), suelen persistir modelos ligados a prácticas del pasado que no han perimido del todo. Masiello vincula esta inestabilidad de las representaciones a los momentos de transición y de crisis de los estados: “cuando el estado se encuentra en transición, de una forma de gobierno a otra, de un período de tradicionalismo a un programa más modernizador, encontramos una alteración de la representación del género”. En el caso de Cánova, claramente, el modelo de participación política con el que se identifica y que aún persiste en su imaginario, es el de la época rosista. Recordemos que no fue menor la incidencia femenina en esa época. Además de Encarnación Ezcurra, la esposa, en manos de quien, según Ramos Mejía, estuvo la política argentina en esos años (Barrancos, 2007); está Manuelita, que sucedió a la madre, y ofició ministra sin cartera haciéndose cargo de la gestión de gobierno ligada a la cancillería y de todo aquello que estuviera ligado a la sociabilidad y a la presencia pública; y, finalmente, Pepa Gómez, encargada de sus asuntos en Buenos Aires después de Caseros. Y podríamos nombrar a muchas otras mujeres de la familia Rosas –su madre, su hermana, su cuñada- que se destacaron por su temperamento fuerte y por incidir, directa o indirectamente, en la vida política de aquel entonces... El comportamiento de Cánova, en tipo de relación que entabla con Alberdi, solo pueden comprenderse en función de aquella época en la cual transcurrió su juventud y cuyos acontecimientos vivió de cerca. Sus cartas reflejan bien, en este sentido, ese imaginario en el que la mujer debe estar al tanto de los avatares de la política, puede hacer oír su voz y, a pesar de las restricciones bien reales que pesan sobre su condición, no vacila en emplear los medios a su alcance para ayudar a aquel que sí deberá actuar.

A modo de epílogo, señalemos que, conforme la estabilidad institucional se va imponiendo y los tiempos de Rosas, inevitablemente, se van alejando, la actitud de Cánova se modifica. Por la época en que vivió, el otro gran proyecto de acción femenina que ella conoció es el de la Sociedad de Beneficencia creada en tiempos de Bernardino

Rivadavia y dirigida por mujeres de la alta sociedad (entre las cuales, en sus comienzos, Mariquita Sánchez de Thomson). Esta sociedad filantrópica, financiada con fondos del estado y donaciones particulares, sostenía escuelas, hospitales para mujeres, orfanatos, entre otras instituciones, y premiaba en las mujeres pobres, los comportamientos que, los parámetros morales de las clases altas, juzgaban como ideales de la femineidad argentina: el amor filial, el amor al prójimo, el amor conyugal, a abnegación, el altruismo y el sacrificio, por ejemplo. Rosas la hizo cerrar alegando falta de medios para mantenerla y, acorde con esta postura, la actitud de Cáneva es burlescamente crítica con respecto a ella. En una carta a Alberdi, escrita durante la guerra de la Triple Alianza, le dice: “le embio la carta que su amiga la Presidenta de la sociedad de Benificencia me há mandado para una rifa que ban á haser para los heridos, no se canzan de pedir”.

En el año 74, sin embargo, en una de sus últimas cartas, su actitud es otra: atrás quedó la época semi-conspirativa y exaltada que despliega en la gran mayoría de sus epístolas, ya se convirtió en una dama más, miembro, según le cuenta a Alberdi, de “la comisión de la escuela de niñas”, encargada de seleccionar a las nenitas pobres que se van a llevar el premio que la Sociedad les ha reservado.

Bibliografía

- Barrancos, D. (2007): *Las mujeres en la sociedad argentina*, Bs. As. , Editorial Sudamericana.
- Barrancos, D. (2006): *Historia de las mujeres en España y América*, III, Barcelona, Cátedra.
- Batolla, Octavio (2000): *La sociedad de antaño*, Buenos Aires, Emecé.
- Batticuore, G. (1999): *El taller de la escritora*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Batticuore, G. *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires. Edhasa. 2005.
- Iglesia, C. “Contingencias de la intimidad: reconstrucción epistolar de la familia del exilio”, en *Historia de la vida privada en la Argentina. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires, Taurus, tomo I, 2002.
- Iglesia, C. (comp.) *Letras y divisas. Ensayos sobre literatura y rosismo*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

-Knibiehler, Yvonne (1993): “Cuerpos y corazones”, en *Historia de las mujeres*, tomo IV, Madrid, Taurus.

-Lorenzo, Ma F., A.L. Rey y C. Tossounian (1995): “Imágenes de mujeres virtuosas: moralidad género y poder en la Argentina de entreguerras”, en Lobato, M. (ed.): *Cuando las mujeres reinaban*, Buenos Aires, Biblos.

-Masiello, F. (1992): *Between Civilization and Barbarism. Women, Nation and Literature Culture in Modern Argentina*, Lincoln-London, University of Nebraska Press, 1992.